



Amanda Pedrozo



Un cajón para mamá

El señor Rodríguez empujó la puerta con cautela. Eran las cuatro de la tarde del verano más polvoriento del barrio. Una niña de tez blanca y ojos café que le llegaba a las rodillas, se colgaba de su mano derecha. Ambos vestían de negro.

El dependiente, atraído por la campanita de cristal del mostrador, se limpió las manos pegajosas de lustre con un trapo humedecido en aguarrás, se prendió el último botón de la camisa blanca y arrastró su cuerpo fofo hasta la sala. No le gustaba tratar con los deudos. Nunca apreciaban su trabajo.

Subió los cuatro escalones sumergidos en la oscuridad de la carpintería, atravesó el olor a rosas del pequeño cuarto iluminado con cirios eléctricos y se quedó viendo al señor Rodríguez que comenzaba a sentir un cosquilleo molesto en el dedo índice de la mano derecha.

Sabía que vendría. No lo conocía, como a casi todos en ese barrio que con los años dejó de ser aquel en el que había vivido, pero la señora de la limpieza le comentó sobre el fallecimiento. A dos calles. Se trataba del familiar de un funcionario de Aduanas.

-Sólo vendo cajones. Alguien tendrá que ocuparse de la formolización -dijo ahorrándose a propósito los pésames o algún saludo que pudiese ocasionarle la demora de una conversación. El señor Rodríguez sintió cómo el dolor del índice se extendía hasta el pulgar.

-Queremos el féretro -respondió.

-Venga conmigo -indicó el anciano volviendo sus pasos hasta el cuarto de los cirios. El olor a rosas impregnado en el ambiente se descomponía en los rincones.

-¿Dónde? -preguntó el señor Rodríguez. La niña levantó [62] un brazo y señaló hacia el ojo de la oscuridad (hasta entonces el dependiente no se había percatado de su presencia). El señor Rodríguez afiló la vista. Las formas siniestras de los féretros comenzaron a desprenderse de la masa negra del cuarto, y por un momento, por el único en todo el día, el señor Rodríguez se inquietó.

-¿Qué medida?

-1,68; 53 kilos.

-¿Panteón o tierra?

-Panteón.

-¿Cobertura acolchada?

-Sí. Puede ser.

Al señor Rodríguez comenzaba a preocuparle seriamente el cosquilleo en el índice derecho, pero no iba a molestar a la pequeña sostenida con firmeza a sus dedos acalambrosos.

-Aquellos. Los del fondo tienen la medida que busca.

Las tres figuras caminaron en medio de las filas de féretros hacia el lugar indicado. El anciano se adelantó. Destabó la puerta de uno de los ataúdes y se hizo a un lado. La niña estiró la mano que le quedaba libre hacia el interior de la caja recubierta de terciopelo negro. Sus dedos de manteca se deslizaron por encima de la cobertura. Sus ojos se levantaron hasta alcanzar los de su padre.

-Este. Lo mandaremos llevar en media hora.

El anciano escuchó la puerta de calle cerrándose tras los últimos pasos en el piso de baldosas. A su lado, como una boca con olor a rosas pasadas, el ataúd descubierto parecía a punto de tragarlo.

El señor Rodríguez estaba cansado. Cuando acabó de cenar subió en silencio las escaleras que llevaban a los dormitorios. La niña lo acompañaba. El señor Rodríguez la obligó a cepillarse los dientes, la metió en la cama y le dio un beso. No olvidó dejar la luz prendida y la puerta abierta.

El olor a lavanda de su cuarto le devolvió una tranquilidad que por poco había olvidado. Se desvistió, programó el despertador, levantó la colcha prolijamente extendida sobre la cama y se acostó. [63] No pudo evitar el recuerdo de las piernas depiladas de su mujer rozándole la espalda.

Se apretó los ojos contra la almohada. Tendría que buscar una niñera. Alguien de confianza. Tendría que ocuparse de la criatura como lo hacía su madre. La nena se portó como una mujercita. No lloró. En ningún momento. Ni siquiera cuando le soltó la mano para abrir el candado del panteón. Y eso que se pasó el día prendida a él...

El señor Rodríguez se incorporó al ritmo de su pensamiento. Buscó en la oscuridad el botón de la luz. Un índice amoratado, hinchado, le devolvió la sensación de dolor de la tarde. Cuatro pequeñas cortaduras verticales, ¿rastros de uñas?, le marcaban el dedo.

En la habitación de al lado, replegada hacia la cabecera de la cama (con la lucidez de quien atravesó las secuencias del miedo) la niña de ojos café identificaba el olor inconfundible a rosas podridas que la madrugada instalaba en la casa.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#), para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario



editorial del cardo